



Espacios en Blanco. Revista de
Educación

ISSN: 1515-9485

revistaespaciosenblanco@gmail.com

Universidad Nacional del Centro de la
Provincia de Buenos Aires
Argentina

Barrón, María Pía

Maestros errantes Experimentaciones sociales en la intemperie
Espacios en Blanco. Revista de Educación, vol. 17, junio, 2007, pp. 275-282
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=384539799012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Maestros errantes

Experimentaciones sociales en la intemperie

María Pía Barrón*

DUSCHATSKY, SILVIA. *Maestros errantes. Experimentaciones sociales en la intemperie*. Paidós Tramas Sociales, Buenos Aires, 2007, 188 pp.



En este libro, la autora muestra –con suma claridad– los resultados de una investigación cuyo objetivo es plantear la necesidad de pensar acerca de los modos de producción de la escuela contemporánea. Se trata de un proyecto realizado en FLACSO –Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales– entre los años 2004 y 2006, que fue subsidiado por la SeCyT (Secretaría de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación).

La obra es resultado del trabajo compartido entre diversos autores que han participado de este proceso bajo un convencimiento común: “*estar hoy en la escuela –y, se podría ampliar, en el mundo– es estar expuesto a lo imprevisto. Ya no hay estructuras protectoras ni Estados garantes. Ni el maestro, ni el alumno, ni el ve-*

* Docente del Departamento de Psicología e Investigadora del Núcleo de Estudios Educacionales y Sociales (NEES). Facultad de Ciencias Humanas y Facultad de Agronomía, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Tandil-Argentina.

E-mail: pibarron@fch.unicen.edu.ar

cino, tienen partituras de las cuales valerse”. El relato de la autora nos convoca a pensar una experiencia, la experiencia del trazado de una relación social en “suelo destituido”. Las composiciones sociales han ido variando según las condiciones socio-históricas. El pasaje de la solidez a la fluidez refleja el tránsito del enlace al desenlace, de la vinculación a la desvinculación. La vinculación era una vinculación de lugares fijados por una estructura, cuyo pilar fundacional era el estado, en su rol de productor de sentido de la vida social. Así, en las sociedades modernas los sujetos se componían a partir de los pilares que la sociedad ponía a su disposición. Las instituciones y las clases sociales fijaban los modos y el sentido de la composición social; nos componíamos con los otros desde posiciones fijas. En condiciones de fluidez, en cambio, uno va perteneciendo a distintos espacios. Las dinámicas de composición varían, más que presencias estables lo que hay son “conexiones”. De todas maneras, la metáfora de la fluidez –por su potencia descriptiva– resulta útil para pensar los tiempos alterados.

Estas nuevas coordenadas tienen profundos efectos sobre los modos de existencia social y más allá de esta sensación de “desprotección”, los investigadores eligen apuntar su mirada hacia las posibilidades que efectivamente se abren en la intemperie, hacia las estrategias que nacen erráticamente y que nos presentan otros modos de construcción social. De esta manera, ellos eligen ir al “campo”, a las prácticas concretas, entrar en la cotidianeidad de las escuelas y de los barrios, acercarse a la singularidad de las dinámicas sociales a fin de experimentar nuevas prácticas y pensamientos.

El libro presenta como eje una idea completamente original, la de los maestros errantes, figuras barriales que toman iniciativas y que ponen a prueba sus capacidades vitales. Los maestros errantes, vulnerables, exploran en los pliegues de cada ocasión. “*No se trata de misioneros, ni de ascéticos de una nueva moral, sino de un nuevo tipo de protagonismo fundado en las distancias cortas, el estar presente, el gesto a la mano, la*

habilidad para habitar un tiempo discontinuo, para recrear la confianza y la proximidad una y otra vez, sin exceso de protocolo” (p. 17).

Los conceptos y categorías que se asoman en este trabajo se corporizan en historias concretas, historias cuyos relatos dejan entrever el detalle y, al mismo, tiempo la sencillez, intentando dar cuenta de los modos posibles de acercarse a la escuela –y a la sociedad– postestatal. La pregunta sobre las experimentaciones sociales bajo condiciones de intemperie será la problemática central para abordar dicho objetivo.

En cuanto a la estructura, además de un prólogo y un epílogo a cargo de Diego Sztulwark y Mariana Cantarelli respectivamente, autores que plantean en estos espacios algunas cuestiones que valen la pena ser pensadas, el libro se compone de ocho capítulos que intentan ir dando cuenta de los diferentes momentos del recorrido.

El primer capítulo se propone –a través de la figura de Carmelo, un niño de doce años– mostrarnos la manera en que la escuela se constituye en un espacio cuya habitabilidad depende de quienes están a su cargo. “*No es la codificación de sus espacios lo que la hace funcionar, sino la tonalidad que imprimen las presencias. Presencias vulnerables, perplejas pero porosas a las más inverosímiles señales que abran alguna posibilidad de composición*” (p. 28). Si bien la relación que los chicos establecen con la escuela resulta enigmática, de todas maneras se insinúa que el vínculo se arma en el uno a uno. La autora deja entrever aquí el agotamiento de aquella lógica que fundaba lo común a partir de una maquinaria de funciones y lugares preestablecidos. Se presenta la idea de *intemperie*, el considerar que todos somos *subjetividades de la intemperie*. “*Hoy todas las formas de vida experimentan el vacío de estar arrojadas a un mundo revestido de pura contingencia*” (p. 29).

En el segundo capítulo se presenta al barrio como “...la expresión descarnada de la indefensión a la que se ven sometidos sus habitantes, empujados por la lógica exclusiva del capitalismo actual y por el arrastre de coyunturas locales que en las últimas décadas quebraron

profundamente el tejido social” (pp. 32-33). Se recupera aquí la idea de intemperie respecto de resortes básicos de existencia social –ya que no se trata sólo de la pobreza o de la restricción de ciertos bienes de consumo– intentando mostrar los desplazamientos y las alteraciones que se experimentan en la vida de los barrios que tradicionalmente albergaban a los trabajadores industriales. Antiguamente los históricos barrios populares revestían para sus moradores un tono familiar: costumbres particulares, ritos cotidianos, experiencias, práctica sindical, redes de colaboración vecinal, uso de espacios comunes, y de esta forma iba progresivamente construyéndose un *nosotros consistente*. En cambio en la actualidad, estos barrios ya no pueden ser pensados de esta manera, ya no pueden pensarse como conglomerados atravesados por fuertes lazos comunitarios constituidos en torno de posiciones económicas, estilos de vida y valores compartidos. “*El territorio delimitado en principio por una proximidad física ineludible para sus moradores alberga distintos modos de existencia, lo que quiebra ese imaginario comunitario que alguna vez dio vida a los barrios populares y arma una suerte de caleidoscopio de planos de compleja combinación. Territorio es entonces una categoría que nos permite nombrar confines físicos que alojan formas singulares de existencia*” (pp. 34-35). A partir de aquí la autora presenta entonces una “cartografía” de la vida del barrio.

En el tercer capítulo se plantea la pregunta acerca de qué es lo propio de una escuela. Duschatsky sostiene que “*luego de haberla transitado toda una vida despierta una sospecha, aquella que sugiere que hemos sido arrastrados por presencias que dejaron de resultarnos familiares*” (p. 67). Pensar la escuela a partir de sus modos de expresión es entonces tomar lo real como fuente de pensamiento; se trata –sin embargo– de un interrogante activo, de una pregunta que funda. Nos enfrentamos con algo que está en la escuela pero cuyas formas escapan a nuestro reconocimiento. “*Re-conocer, entonces, es confirmar lo sabido o la necesidad de restituir sus formas “genuinas” en caso de que ya no estén presentes. Pensar es*

merodear por los bordes de lo conocido, tomando los componentes extraños como signos que nos lanzan a un nuevo aprendizaje” (p. 67).

En el capítulo cuatro se profundiza en torno a la idea de “errancia”. Se pone la mirada en el concepto de *subjetividades errantes* a fin de analizar nuevas formas docentes, aunque la imagen sirve también para pensar formas de existencia social producidas en los bordes de lo instituido. La autora plantea que cuando hablamos de la escuela aparecen dos discursos: “...*aquel que se afirma en un deber ser y aquel que se aferra a un es. El deber ser puede ser más o menos sofisticado, más o menos prescriptivo, pero siempre está navegando en un plano abstracto y genérico; el es, si bien toma “muestras” de la vida real, se rodea de un halo de resentimiento cuando confirma que la realidad está “fallada”.* (...) *no es aventurado suponer que entre ese deber ser y ese es hay más parecidos que diferencias, porque ambos, en definitiva, están permeados por percepciones anquilosadas y persistentes idealizaciones*” (pp. 87-88). Preocupados en estos dos polos –el deber ser y el es– muchas veces pasamos por alto los pequeños movimientos que van teniendo lugar en la cotidianeidad de las escuelas.

“La vida errante no es un deambular inerte sino una disposición activa a tomar lo que irrumpre y agenciar algo en torno de eso.

Hay momentos en las vidas sociales y de las instituciones en los que el presente, el momento o el instante adquieren relieves insospechados. Lejos de ser porciones preparatorias de un futuro, fragmentos de un tiempo lineal o componentes de un plan general, pueden ser la ocasión para desplegar una potencia, abrir una clausura o ensanchar una experiencia” (p. 89). El capítulo apunta entonces a mostrar las dinámicas de las escuelas presentando para ello algunas imágenes de la vida escolar que nos dejan ver el funcionamiento de una subjetividad docente que encuentra su lugar en una “operatoria movediza”. La autora trabaja con la imagen del maestro errante e intenta “desmenuzar sus operatorias”. La vida errante aparece en el relato de las historias

para poner de manifiesto “... los relieves serpenteantes que acontecen aún en las sociedades más sedentarias. Si la experiencia moderna casi nos hace olvidar que también somos errantes, las situaciones actuales nos recuerdan que lo somos. (...) al vivir de un modo a veces espasmódico, el errante aprende que más vale conectarse con la transitoriedad y el devenir que ser presa del ideal” (p. 90). Mientras que en tiempos disciplinarios la errancia era marginal, en la intemperie la misma cobra otro estatuto porque alberga la oportunidad de convertirse en lazo. La destitución, signo del agotamiento de un modo de producir vida social, puede dar lugar a la plena desubjetivación pero también a una operación activa de pensamiento.

El capítulo cinco transcribe una conversación con Paolo Virno. Este autor, nacido en Nápoles en 1953, participó en forma activa en los movimientos obreristas de los años setenta y es uno de los más activos militantes de la tradición italiana de la autonomía. Su tarea intelectual consiste en un intenso trabajo de pensamiento en torno de las subjetividades posfordistas y las nuevas formas que adquieren los movimientos sociales en Italia. Se recupera aquí el intercambio entre Virno y el equipo de trabajo que coordina la autora, a fin de poner en discusión algunas cuestiones centrales de la investigación tales como la relación entre infancia / posfordismo / innovación / agresividad / institución postestatal.

En el capítulo sexto se intenta reflexionar acerca de los modos de agenciamiento social frente a la irrupción de situaciones violentas. La autora sostiene que la idea de “aleatoriedad” resulta adecuada para dar cuenta de estas cuestiones. Se pregunta entonces “¿Cómo nombrar el conjunto de signos que pueblan la vida cotidiana en las escuelas que transitamos? La imprevisibilidad, lo azaroso, lo indefinible, lo indecidible, se asomaban como nombres posibles (...) y además ¿cómo se expresa esta aleatoriedad? ¿Cuáles son sus atributos? (...). La aleatoriedad entonces produce diferentes efectos. Sin embargo, lo que parece dominar en las escuelas recorridas son las aleatoriedades perturbadoras.

A estas disruptivas aleatorias las llamaremos inconsistencias, dado que escapan a las formas de inteligibilidad disponibles. Pibes que van y vienen, o que se van y no vuelven; maestros indiferentes o temerosos frente a la presencia de ciertos chicos; desconfianza básica circulando en todas las relaciones; actos vividos como amenazas a la integridad y actos efectivamente amenazantes; pibes desgarrados por el consumo, por experiencias de riesgo constantes; chicos marcados por su paso en institutos de minoridad, abandono y maltratos familiares; pibes librados a sus propias estrategias de supervivencia, chicos que huyen de toda prescripción escolar” (pp. 126-127).

El capítulo siete refleja una conversación con Suely Rolnik, autora brasilera, psicoanalista, crítica cultural y curadora que actualmente se desempeña como docente de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de San Pablo, donde coordina el Núcleo de Estudios Transdisciplinarios de la Subjetividad.

Por último, el capítulo ocho plantea *el miedo y la angustia* como sentimientos públicos. Es decir, que si bien los mismos son sentimientos privados, íntimos; ellos “...se juegan en la esfera pública y los modos de tratar con ellos han dado lugar a sucesivos saberes. El propio Estado moderno, a partir del siglo XVI, ha sido pensado como una institución (la principal) capaz de lidiar con –y hasta de nutrirse de– ellos.

Más recientemente, sin embargo, otras experiencias, otras ideas van al reencuentro de los sentimientos de la angustia y el miedo. Para interpelarlos no ya como esos sentimientos antipolíticos (emociones límite) frente a los cuales solo cabría ofrecer un ambiente seguro, cerrado y protegido de los peligros del mundo, sino como el motor público de nuevas experiencias de sociabilidad” (p. 159).

Por último, la autora considera que si bien en un comienzo la hipótesis de trabajo hacía referencia a la destitución o al desfondamiento de las instituciones disciplinarias del estado-nación, “... la experiencia de trabajo trajo como hallazgo un conjunto de prácticas incipientes,

pero generalizadas, de elementos posinstitucionales que, elaboran de un modo diferente los viejos sentimientos límites del miedo y la angustia. Si bien no hay novedad en estas prácticas que quizá sean tradicionales, lo que cuenta es el modo en que estas operaciones han abandonado su condición sumergida, negativa o periférica para colocarse en el centro de las situaciones productivas. Estas operaciones conforman entonces un vitalismo (completamente ambiguo y en desarrollo) postestatal, apto para tratar con las pasiones humanas límite, y fundamental para la salud de las instituciones en proceso de formación” (pp. 159-160).

A modo de cierre, deseo destacar que el trabajo concretado por la autora refleja, en gran medida, el resultado de una trayectoria profesional, como así también la libertad de poder mirar y analizar la realidad cotidiana desde la perspectiva teórica que se asume como más apropiada y válida.